

CONGRESO MARIANO DE FRIBURGO (SUIZA)

18 a 21 de agosto de 1902

Informe enviado por la Srta. Juana Bigard, fundadora y directora de la Obra de San Pedro

Obra de San Pedro Apóstol para la formación del clero indígena de las misiones

La Obra de San Pedro Apóstol para la formación del clero autóctono de las misiones la iniciamos mi madre y yo en 1889. En aquella época, un obispo de Japón, Mons. [Jules-Alphonse] Cousin, había compartido su muy legítimo dolor de verse obligado, por falta de medios, a rechazar un número considerable de vocaciones sacerdotales entre los nativos. Inmediatamente tomamos la decisión de remediar esta desgracia adoptando a estos buenos japoneses, dándoles los medios para recibir una educación sacerdotal.

Pero un campo más amplio iba a abrirse pronto a nuestro cielo. Por las informaciones obtenidas de los obispos misioneros, tuvimos la dolorosa certeza de que por todas partes en la misión, tanto en las Indias, en África, en Japón y en todo el Extremo Oriente, la formación del clero nativo quedaba en suspenso por falta de dinero. Por consiguiente, era en todas partes donde nos hubiera gustado proporcionar un alivio eficaz.

Nuestros recursos por sí solos, aunque aumentados a costa de muchos sacrificios, no eran, evidentemente, suficientes. Armadas de una gran confianza en Dios, sin tener otro apoyo que las cartas de los obispos misioneros que nos habían confiado su angustia, nos convertimos en mendigas. El pensamiento que nos sostenía era que nos consagrábamos a una de las obras más queridas de la Iglesia: sabíamos, en efecto, que la formación de un clero nativo había sido siempre recomendada con insistencia a los misioneros por los Soberanos Pontífices como una obra vital de la Iglesia. Inocencio XI había dado una vez como consigna, a uno de los primeros vicarios apostólicos enviados al Extremo Oriente, este lema que se ha hecho célebre: “Preferiría verte ordenar un solo sacerdote en estas regiones que enterarme de la conversión de cincuenta mil infieles” [carta dirigida a Mons. François Pallu, vicario apostólico de Tonkín; cf. Inocencio XI, beato, *Onerosa pastoralis*, 1 de abril de 1680].

Así que seguimos adelante, bajo la mirada de Dios y de María, a la que tenemos cuidado de saludar con un avemaría antes de cada acto. La caridad católica, en particular la caridad femenina, respondió a nuestra llamada. Un pequeño grupo de benefactoras se formó a nuestro alrededor, almas devotas y piadosas, unidas a las nuestras por un pensamiento común: dar sacerdotes a pueblos que aún no los tienen, para que los cristianos puedan ser educados en la religión, no morir más sin sacramentos y la multitud de los hombres conozca al verdadero Dios. Mientras tanto, nuestra familia adoptiva, más numerosa de año en año, permanecía allende los mares, a la sombra del santuario. A cambio de nuestra dedicación y de nuestros sacrificios, que los obispos les habían dado a conocer, estos queridos seminaristas nativos, en las cartas que nos enviaban, imbuidos de una profunda piedad y, a veces, de admirables sentimientos, se complacían en declararse nuestros hijos y en nombrarnos sus madres en Cristo.

Sí, queremos ser sus madres, y desde el comienzo de esta Obra la Santísima Virgen María (¿no estoy mirando demasiado alto?) me pareció ser el tipo incomparable de esta maternidad espiritual. María, Madre de Jesucristo, Sacerdote eterno según el

orden de Melquisedec, de Jesucristo, sacrificador y víctima juntos en el Calvario, de Jesucristo, divino Modelo del sacerdote, especialmente del sacerdote apóstol.

No fue al lado del pesebre, en las dulces alegrías de la maternidad divina, donde María se me apareció como el modelo que quería imitar en la Obra de formación del clero nativo. Es a los pies de la Cruz donde me gusta contemplarla, en el instante supremo en que recibió de su Hijo moribundo la misión de ser la Madre de los hombres, y en particular de los hombres apostólicos, de los sacerdotes, representados por el apóstol san Juan. Me parece que María se convirtió así en la Madre de toda la falange sacerdotal del Nuevo Testamento, falange que debía, en los designios eternos, escapar de los estrechos límites que encerraban el sacerdocio en la antigua ley. Ya no es la herencia la que llama al altar, sino que es la voz de Dios la que resuena para llamar a los que son elegidos, no de las filas de una sola tribu, sino de todas las tribus, en todos los pueblos, en todas las razas, porque el sacerdocio de Jesucristo debe ser católico y universal como la Iglesia.

Ahora bien, la Obra de San Pedro, ¿no tiene acaso por objetivo promover, con el doble medio de la oración y de la limosna, este sacerdocio católico y universal, hasta las regiones más alejadas, en aquellos países todavía golpeados por la esterilidad, pero que se cubrirán de flores y de frutos cuando sus hijos, los primeros en entrar en la verdadera Iglesia, sean admitidos en el santuario y hayan subido las gradas del altar, para ofrecer al cielo la Hostia divina y el cáliz de bendición por la salvación de su linaje?

Por tanto, ¿no podemos nosotros, asociados de la Obra de San Pedro, saludar a María, Madre adoptiva de san Juan, como nuestro modelo y nuestra guía en la misión de caridad, de dedicación y de celo? Así lo he creído y tales son los pensamientos que me he esforzado en inculcar a mis queridas colaboradoras. Con estos sentimientos rezamos cada día a María, repitiendo esta invocación enriquecida con indulgencias para todos los miembros de la Obra de San Pedro: ¡Virgen María, Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros!

En cuanto a las pruebas de la poderosa protección de la Santísima Virgen sobre nuestra empresa, citaré solo las principales. Pero aquí debo recordar, a grandes rasgos, los primeros años de la fundación de la Obra.

Hemos asistido con perseverancia a nuestros queridos seminaristas, sin otro plan que trabajar para acelerar la afirmación de la Iglesia y la difusión de la fe en los países paganos. ¡Cuál no fue nuestra sorpresa y nuestra felicidad al saber, al cabo de algunos años, que nuestros esfuerzos coincidían con los del mismo Papa! En efecto, el Santo Padre, después de haber erigido un seminario para la formación de los pueblos indígenas en las Indias, publica el 24 de junio de 1893 una encíclica especial en la que recuerda y confirma los grandes principios sobre los que se basa la creación de un clero indígena en los países de misión y expone las serias razones que hacen esta formación particularmente necesaria en nuestra época.

Esta encíclica ha sido la confirmación inesperada pero providencial de nuestra iniciativa.

Poco después, Dios permitió, no sin haber hecho pasar nuestra Obra por el crisol de las tribulaciones, que pudiéramos hacer llegar al Santo Padre el informe de nuestros esfuerzos y los resultados conseguidos. León XIII respondió con una admirable bondad a nuestra súplica, que, sin embargo, estaba desprovista de recomendación alguna, dignándose ser el primero en reconocer y sancionar la Obra de San Pedro con su autoridad suprema, concediendo su bendición, con toda la efusión de su corazón, a las fundadoras de la Obra y a todos aquellos que allí habían trabajado y trabajarían después.

Pronto el Santo Padre confirmó esta aprobación concediendo a perpetuidad, primero una indulgencia parcial, luego una preciosa serie de indulgencias plenarias, a

los miembros de la Asociación de San Pedro. La Obra fue aprobada al año siguiente por la Sagrada Congregación de Propaganda [Fide], que se dignó nombrarme directora.

Sin embargo, era conveniente que la Obra de San Pedro recibiera igualmente el aliento del episcopado, antes de ser presentada a la masa de los fieles. Y es precisamente en ese punto cuando la Santa Virgen se mostró como nuestra poderosa protectora.

Por nacimiento pertenecemos, mi madre y yo, a la diócesis de Séez. En 1895 esta diócesis era regida por Mons. François-Marie Trégaro, un bretón de fe viva y ardiente. Él ya había querido asociarse a nuestra empresa con un ofrecimiento todavía más precioso por espontáneo.

El 6 de agosto de 1895, pocos días después de haber recibido la bendición del Santo Padre, fuimos a presentar este documento tan importante al obispo de Séez, solicitando de su parte el favor del imprimátur para una breve nota informativa sobre la Obra. Mons. Trégaro analizó en profundidad el documento pontificio; entonces quiso concedernos cuanto pedíamos. Unos meses más tarde aprobó también una nota informativa más amplia. Así fue como las Noticias relativas a la Obra de San Pedro tuvieron y conservan el imprimátur y la firma de un obispo que llevaba el nombre de María, y esto siempre me pareció una prenda de la protección de la Reina del Cielo.

¿No era este también el pensamiento del propio Mons. Trégaro? Cuando me devolvió la breve información enriquecida con una doble consagración: la bendición del Papa y el imprimátur del obispo, me dijo estas palabras sencillas y enérgicas: “Propaga la Obra. Tendrás que sufrir mucho, pero Dios lo quiere. La Virgen Inmaculada no dejará inconclusa su empresa”.

Unos instantes después, fuimos a depositar nuestro agradecimiento y nuestras esperanzas en la capilla de la Inmaculada Concepción, santuario muy venerado en Séez y en toda la región. Fue el primer templo en ser erigido bajo el nombre de la Inmaculada Concepción, a raíz de la definición dogmática de este incomparable privilegio de María.

El segundo obispo que aprobó la Obra de San Pedro debía ser, seis meses más tarde, Mons. Jean-Marie Bécél, obispo de Vannes; y como si la Santa Virgen hubiese querido dar la doble consagración de su bendito nombre a las Noticias de la Obra, este prelado quiso plasmar su aprobación y su firma en la misma hoja que había recibido la aprobación de Mons. François-Marie Trégaro.

Desde entonces, la Obra de San Pedro recibió un gran número de aprobaciones; cardenales, arzobispos y obispos le dieron los más calurosos ánimos; pero el hecho que acabo de relatarles no se repitió más, y la nota informativa manuscrita de la Obra, preciosamente conservada en nuestros archivos, quedó firmada por estos dos nombres privilegiados: Francisco María - Juan María.

No puedo relatarlo todo. Sin embargo, sería una falta de reconocimiento debido a la Virgen Santísima silenciar que la primera prédica y la primera cuestación en favor de la Obra de San Pedro tuvieron lugar un primer domingo de mayo, en la función del Mes de María, en el célebre santuario de Nuestra Señora de las Victorias.

Pero no quiero detenerme más en estos detalles de los tiempos heroicos de la Obra.

Hoy, la Asociación de San Pedro tiene 13 años de existencia. Gracias a Dios, gracias a María, a medida que se ha ido estableciendo y desarrollando, ha visto a su lejana familia adoptiva crecer y ampliarse. Algunos de nuestros queridos hijos espirituales se han convertido ya en sacerdotes; ellos predicán el amor de Jesús y de María a sus compatriotas.

He aquí, sin embargo, un rápido balance de los resultados obtenidos. Desde su fundación (1889), hasta el 31 de diciembre de 1901, la Obra de San Pedro ha fundado cuarenta y cinco becas perpetuas en los seminarios autóctonos, a saber:

- cuatro becas de estudio en el seminario de Nagasaki (Japón);
- una beca de estudio en el seminario de Hakodate (Japón);
- veintidós becas de estudio en el seminario pontificio de Kandy (India [isla de Ceilán]);
- dos becas de estudio en el noviciado indio de Trichinopoly (India);
- dos becas de estudio en el seminario de Mysore (India);
- una beca de estudio en el seminario de Loango (Congo francés, África);
- cuatro becas de estudio en el seminario de Pondichéry (India);
- una beca de estudio en el seminario de Jaffna (isla de Ceilán);
- una beca de estudio en el seminario de la Manchuria meridional
- cuatro becas de estudio en el seminario de Saigón (Cochinchina occidental);
- una beca de estudio en el seminario de la Cochinchina oriental;
- una beca de estudio en el seminario del Tonkín occidental;
- una beca de estudio en el seminario grecomelquita de Santa Ana en Jerusalén.

Además, la Obra ha asumido los gastos de formación completa de catorce seminaristas autóctonos con pensiones anuales, a saber:

- ocho en Japón,
- cuatro en Manchuria meridional,
- uno en Pondichéry,
- uno en Corea.

Treinta y cuatro sacerdotes nativos, antiguos becados o adoptados por la Obra de San Pedro, prestan hoy importantes servicios al apostolado.

¿Vamos a detenernos aquí? No, espero, con la gracia de Dios y el poder de María.

Por todas partes, los jefes de las misiones nos suplican que les ayudemos en la formación de su clero autóctono, la esperanza de sus pobres Iglesias. Podremos fácilmente responder a su confianza si más católicos entran en la asociación de San Pedro; y querrán hacerlo si conocen esta asociación, su fácil acceso, su vocación católica y las grandes ventajas que ofrece.

“En ello, por tanto, se vislumbra cuán oportuno es, cuán conveniente a la salud pública, erigir en las Indias Orientales algunos colegios, donde jóvenes locales, muchachos esperanza de la Iglesia, sean instruidos en toda la elegancia de la doctrina y en aquellas virtudes sin las cuales no pueden ejercer ni santa ni útilmente los sagrados ministerios”.

León XIII, Ad extremas Orientis

“¡Cuántas dificultades encontramos para recoger limosnas! No pensamos lo suficiente en el clero indígena, nadie habla de él, ni siquiera entre los misioneros. Pensamos mucho más en aumentar sin cesar el número de misioneros de Europa que en suscitar en cada misión un clero indígena capaz de continuar el trabajo de la evangelización.

*De Su Excelencia,
las muy humildes servidoras, Juana Bigard,
Estefanía Bigard”.*